

salta al escenario la corpulenta figura del "Caballero Audaz", que estaba no sé dónde, confundido entre los grupos... Alto, hasta parecer un gigante sobre aquella peana del tabladillo, arrogante, gordo, bien vestido con su chaleco de fantasía y sus botitos, como un socio del Casino de Madrid, el arribista que debe su fama a esas noveluchas eróticas como *Alma desnuda* (cuyo título más justo sería *Cuerpo desnudo*) y su lujo llamativo y vulgar, su abrigo de pieles, sus sortijones y su alfiler, a su casamiento con una *cocotte* menopáusica, "El Carretero Audaz", con su vocejón plebeyo, de labriego andaluz, arremete despectivo y retador con los oradores que lo han precedido [...] y los acusa de estar al servicio de la Casa del Pueblo y querer utilizar a los periodistas para sus fines subversivos [...]. Pero ninguno se atreve a iniciar el menor gesto agresivo. ¡Ese novelista pornográfico tiene unos bíceps de boxeador y además es un espadachín!...»¹⁸ Un detalle que menciona Cansinos, la corpulencia de Carretero, sirve también para caracterizar a este personaje en los medios literarios madrileños. El propio escritor no desdeña referirse a este rasgo: «Además de ser insultante la estatura de Carretero, él la administra de una manera ofensiva... Tras las primeras palabras que cruza con su interlocutor, acostumbra a echarle un brazo por los hombros y casi a escondérselo bajo su sobaco, que es una tienda de campaña».¹⁹ Otro escritor del momento lo caracteriza así: «Alto, vigoroso, fuerte, da impresión de pertenecer a una raza ciclópea de hombres desaparecidos. Luce bíceps de atleta. Podría luchar cuerpo a cuerpo con Cadine».²⁰

Este hecho pasa a convertirse incluso en el tema de un soneto que le dedica el poeta bohemio Pedro Luis de Gálvez:

Cuando miro tu recia y arrogante figura,
pienso que de aquel bravo la pesada armadura
sólo podría vestirla tu cuerpo de gigante.
Cual don Alonso, eres galán y pependenciero,
y por la cuna y mote, dos veces caballero
—sobre la envidia ajena, tu eterno Rocinante.²¹

Otra característica que suele mencionarse a propósito del periodista es la envidia que provoca, a la que se refiere Gálvez en el final de su soneto. Un crítico, metido a veces a novelista, Andrés González Blanco, insiste en el mismo asunto: «La multitud de cretinos que dan la pauta de nuestro ambiente no le perdona a "El Caballero Audaz" que, con sus propias armas, haya logrado una popularidad por nadie igualada; que haya

¹⁸ Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato*, Madrid, Alianza, 1985, vol. 2, pp. 308-309.

¹⁹ «El Caballero Audaz», *Lo que sé por mí*, op. cit., p. 216.

²⁰ Demetrio Korn, cuyo testimonio se recoge en «El Caballero Audaz», *La ciudad de los brazos abietos*, op. cit., p. 338. También César González Ruano incide en el mismo asunto al referirse a Carretero: «José María Carretero, gigantón andaluz, me pareció hombre leal con sus amigos, efectivo y simpático en cuanto se traspasaba aquella grasa de vanidad de primer grado del éxito con un público, ¿cómo decirlo?... muy público», *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Madrid, Tebas, 1979, p. 222.

²¹ Pedro Luis de Gálvez, «El Caballero Audaz», en Antonio Fernández Molina, *Antología de la poesía modernista*, Madrid, Júcar, 1982, pp. 184-185. La causa de este soneto hay que buscarla en algún elogio que Carretero dedicara a Gálvez, puesto que, como recuerda Dicenta, «Carrère, Antón del Olmet, Villaespesa, "El Caballero Audaz", "Pármemo" y otros escritores significados han hecho grandes elogios de Gálvez, cuya labor, sin embargo, es escasa y poco conocida; debido a que él se preocupa muy poco de sus producciones. Sus sonetos están considerados como verdaderas obras maestras», José Fernando Dicenta, *La Santa Bohemia*, Madrid, Ediciones del Centro, 1976, p. 163.

impuesto su firma en la Prensa y en el Libro; que lleve una existencia cómoda y fastuosa; que viva intensamente su vida; que despierte la curiosidad pública; que cada novela suya sea un acontecimiento literario...

Quisieran hundirlo, que le olvidaran, que le volvieran la espalda el público y la crítica, los editores y las mujeres...»²²

El hecho es que, en el mundillo periodístico de la época, en el ambiente que tan bien refleja López Pinillos en su novela *El Luchador*,²³ la personalidad de Carretero se nos aparece como la de un triunfador, un hombre que ha llegado a una alta posición, que tiene fama y dinero, y que suscita la envidia en determinados sectores culturales. Sin embargo, es indudablemente un hombre trabajador; ²⁴ ya en 1922 confiesa que ha realizado unas quinientas entrevistas, motivadas no por un simple interés crematístico, «yo no adopté esta postura por alcanzar popularidad ni por cosechar pesetas»,²⁵ dice, «sino por curiosidad y gusto en escudriñar vidas ajenas». Al mismo tiempo reconoce que «entrar en las almas de los hombres triunfadores, verlos de cerca y mostrárselos al público tal como son, sin envolverlos en el tul del halago, resulta muy interesante. Además, esto puede ser la base para una Historia de España literaria y artística de nuestros tiempos».²⁶ Indudablemente creemos que en esto último reside aún el valor testimonial de las entrevistas de «El Caballero Audaz». Gracias a él, podemos asomarnos todavía al mundo fresco y jugoso de escritores como Galdós, Azorín, Valle, Trigo, Hoyos y Vinent, Marquina, etc.; de políticos, como Maura o Pablo Iglesias; de actrices, como la Xirgu o María Guerrero; de cantantes, como Raquel Meller o La Goya, y de tantos otros personajes heterogéneos de la actualidad más palpitante de su momento.

Pero es a causa de su producción novelística por lo que intentamos esta aproximación a la figura de «El Caballero Audaz». Escasamente mencionada por la crítica actual, la trayectoria del novelista montillano parece resumirse en tres tendencias cronológicamen-

²² Andrés González Blanco, en «El Caballero Audaz», La ciudad de los brazos abiertos, op. cit., p. 328.

²³ «Ser periodista de veras, no seudo periodista, como los de La Independencia; ser periodista de los que consiguen imponer su nombre, era lo más difícil del mundo, porque había que almacenar nociones de todo y conocimientos serios de muchas cosas: geografía, matemáticas, historia, música, literatura, estrategia, arquitectura, pintura, leyes, medicina... Y sobre todo esto, de enorme importancia y de verdadera pesadumbre, mil trivialidades, mil naderías, mil futesas, que, en determinados momentos, podían ser la causa de la derrota o el origen del triunfo, aumentando lectores o restándolos. Así, convenía tener un poquito de polizone para descubrir las artes pintorescas de los enemigos de la propiedad y contárselas al público; algo de aficionado a los toros, por si llegaba la ocasión de pintar cómo y por qué perdió una entraña interesante un lidiador de campanillas y una chispa de hombre de partido, a fin de meter bajo la nieve de la más imparcial información el rescoldo del apasionamiento... Y finalmente, más que por comedidos, modosos y apacibles, se debían distinguir por entremetidos, curiosos, serenos, arriscados, perspicaces y valientes», José López Pinillos, «Pármeno», *El Luchador*, Madrid, Saltés, 1976, p. 77.

²⁴ Así lo confirma el testimonio que transmite Gómez Carrillo: «Para mí, el único verdadero placer de la existencia es el trabajo; el único amor apasionado, la literatura... Yo no sé si hay talento o no lo hay en mis novelas. Lo que sí puedo asegurar es que están escritas con mis fibras, con mi corazón, con la savia de todo mi ser, y que las quiero como si fueran hijas de carne y hueso. No puede usted imaginarse lo que son, para mí, las semanas, los meses de labor, en los que vivo encerrado con mis personajes en una especie de delirio de todos los sentidos, embriagándome con el perfume voluptuoso de mis heroínas, admirando o detestando a mis protagonistas, palpitando, en suma, dentro de un universo de seres incorpóreos, a los que yo no hago más que seguir en sus evoluciones pasionales con un interés febril»; apud «El Caballero Audaz», La ciudad de los brazos abiertos, op. cit., p. 326.

²⁵ «El Caballero Audaz», Lo que sé por mí, op. cit., p. 221.

²⁶ *Ibid.*, p. 222.

te sucesivas a las que sugerimos denominar novela rosa, novela erótica y novela tendenciosa.

Estas fases narrativas están dominadas generalmente por la temática amorosa en sus diversas manifestaciones, aunque destacan con frecuencia las relaciones insatisfactorias y adúlteras.

La primera etapa abarca de 1908 a 1918 aproximadamente y en ella se localizan sus primeras novelas y una obra de teatro, *El Redimido*, de carácter romántico, que fue estrenada en 1908 con escasa fortuna. El propio autor recuerda que durante el estreno, en el Teatro Romea de Madrid, cuando, según afirma, tenía sólo diecisiete años, se produjo un incidente gracioso: «La obra se llamaba *El Redimido*, y era una comedia romántica con adobos dramáticos. El protagonista estaba enfermo y se pasaba todo el acto quejándose en escena; pues bien: en uno de los momentos más culminantes de sus lamentaciones y más dramático de la obra, un chico del anfiteatro, que, desgraciadamente, tenía buen corazón, soltó el trapo a llorar. El público comenzó a sisearle imponiéndole silencio. El chico seguía llorando; de pronto, el silencio dramático del ambiente fue rasgado por una voz castizamente chulapona que decía: “¡Qué se calle ese rotro, que hay un enfermo!” Aquel gracioso espectador, que fue muy aplaudido por cierto, aplastó con su ocurrencia el efecto dramático de mi obra».²⁷

A este primer fracaso teatral siguieron novelas, firmadas todavía con el nombre de José María Carretero, como *La virgen desnuda*, *Desamor* y *El diario de Blanca Emeria*, todas ellas publicadas en 1910. Sus cuentos primerizos fueron recogidos posteriormente en el volumen titulado *El pozo de las pasiones* (1916), que, junto con las series *Lo que sé por mí*, marca la transición hacia su período de plenitud. Por estas fechas colabora igualmente en la colección de novelas cortas que, bajo la dirección de Zamacois, iba publicando *El Cuento Semanal* (1907-1912), donde se reúnen los más importantes novelistas eróticos.

Estas primeras producciones literarias de Carretero llamaron poco la atención de la crítica, confundiéndose sin peculiaridades específicas con la gran masa de novelas más o menos eróticas que llenaban las librerías españolas. El libro de cuentos suscitó algo más de interés, motivado no por el valor intrínseco de la obra, sino porque ya en esa fecha era conocida la actividad periodística de «El Caballero Audaz». Así, Carrère caracteriza el volumen como «cuentos vividos —que si no, no tendrían tan fuerte sabor de realidad— donde el amor tiene hondas palpitaciones de angustia y de glorias inefables. *El pozo de las pasiones* es un libro en carne viva, de vida y de lujuria».²⁸

La etapa más interesante del escritor montillano es la que hemos titulado como tendencia erótica, que también podría llamarse pseudopornográfica, en la que se advierte un proceso de intensificación de elementos sexuales. Abarca desde 1919 hasta 1929, siempre de una manera aproximada, y en este período publica las novelas que le dieron más fama, dinero y reconocimiento por parte de intelectuales y público en general. Las obras más conocidas del novelista fueron editadas una y otra vez, hasta tal punto

²⁷ *Ibíd.*, pp. 225-226.

²⁸ *Opinión de Emilio Carrère recogida por «El Caballero Audaz»*, La ciudad de los brazos abiertos, op. cit., p. 329.

que, según confesaba a Gómez Carrillo, «para evitar dolores de cabeza a los compañeros, estaba con ganas de no dejar imprimir el número de las ediciones en las cubiertas de sus libros». ²⁹ En el mismo texto se pueden leer afirmaciones como las siguientes: «sus novelas se venden más que las de ningún otro autor castellano» y «sus editores le dan 100.000 pesetas al año», ³⁰ cuando Baroja confesaba hacia 1934: «Yo, con la pluma, consigo el año que más 6.000 pesetas y cuento que, según los editores, soy de los que venden más». ³¹ Claro que los datos de Carretero hay que manejarlos con precaución, pero lo que sí es cierto es que, hacia 1927, «El Caballero Audaz» es uno de los autores preferidos por los lectores ³² y, poco después, como se pone de relieve en la misma fuente de información, *La Gaceta Literaria*, una carta de un tipógrafo al director de la revista afirma lo siguiente: «Los obreros no leen. Puedo afirmar, yo que vivo con ellos, que de cien tipógrafos, dos sólo han leído algo de Baroja; diez o doce, otro poco de Galdós —especialmente los *Episodios*— y el resto lee a López de Haro, Pedro Mata, Carretero y Novillo, Retana, etc. Con los dedos de la mano podríamos contar los que conozcan algo de don Ramón Pérez de Ayala, de Azorín, de Miró...» ³³ La misma opinión puede leerse a un periodista de la época: «En aquel Madrid del cuplé —para vergüenza nacional— Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala, Ortega, Miró... apenas contaban con lectores. Por contra, López de Haro, Insúa, Pedro Mata, ‘El Caballero Audaz’, Zamacois, Álvaro Retana, Joaquín Belda... cortaban el bacalao literario». ³⁴

Por lo tanto, el éxito y su secuela natural, el dinero, acompañan al escritor en su segunda etapa literaria, en la que publica novelas largas como *De pecado en pecado* (1919), *La bien pagada* (1920), *La sin ventura* (1921), *Hombre de amor* (1922), *El jefe político* (1924) o *La ciudad de los brazos abiertos* (1926).

Una de las facetas menos conocidas de Carretero es su labor de colaborador en publicaciones periódicas de narraciones cortas, que simultanearía con las ediciones de sus novelas largas, ya mencionadas. En este sentido puede considerarse como uno de los más asiduos suministradores de material para las frágiles colecciones de entreguerras.

²⁹ Gómez Carrillo en *ibíd.*, p. 326.

³⁰ *Ibíd.*

³¹ Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura en España (1885-1936)*, Barcelona, 1982, pp. 447-448.

³² «La preferencia del lector medio es, por lo corriente, catastrófica. ¿Se pueden escribir ciertos nombres en este periódico? Táchelos el buen gusto del tipógrafo, si la respuesta es, como debiera ser, negativa. La preferencia queda circunscrita entre José María Carretero y Álvaro de la Retana. Entre esos dos nombres, una agrupación, insolidaria, naturalmente, de ganapanes de las letras. No creo que los libreros hayan intentado engañarme al afirmar que éstos, y no otros, son los autores predilectos. Predilectos, ¿de quién? Pongamos aquí al lector medio», Julián Zugazagoitia, «Referencias ajenas y observaciones propias», *La Gaceta Literaria*, n.º 5, 1 de marzo de 1927; tomado de la selección de esta revista publicada por Carmen Bassolas, *La ideología de los escritores (Literatura y política en La Gaceta Literaria (1927-1932))*, Barcelona, Fontamara, 1975, p. 227.

³³ «Carta de un obrero tipógrafo» [La carta está firmada por Edelay - Tipógrafo], *La Gaceta Literaria*, 5 de junio de 1928; reproducida en *ibíd.*, pp. 282-283.

³⁴ José Alfonso, *Del Madrid del cuplé (Recuerdos pintorescos)*, Madrid, Cunillera, 1972, p. 41; citado por Luis Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, op. cit., página 130. Desde el punto de vista sociológico es este libro de Fernández Cifuentes un excelente estudio que confirma que los negocios editoriales se basaban más en la novela popular de carácter erótico que en las producciones de los grandes maestros.